Ambiente en Diálogo
Ambiente viral. Los desafíos de la vida en la Era del Capitaloceno
Enrique Leff
Ambiente en Diálogo, (2), e029, abril-julio 2021
ISSN 2718-8914 | http://ojs.opds.gba.gov.ar/index.php/aed/index
Organismo Provincial para el Desarrollo Sostenible (OPDS)
Buenos Aires | Argentina

Ambiente viral

Los desafíos de la Vida en la era del Capitaloceno*

Enrique Leff
UNAM | México
enrique.leff@yahoo.com.ar

Historia de una Ceguera Colectiva

El 2020 ha sido un año signado por la premonición de tiempos inciertos. Los organismos internacionales —la COP24 y el PICC, el G-8 y el G-20— habían advertido al mundo que le quedaba tan solo una década para responder al desafío del cambio climático. El tiempo está contado. Corre el tiempo. Todos contamos, pero no de la misma manera. Desde el poder de la ciencia se miden las emisiones de gases de efecto invernadero que han excedido las 420 partes por millón de CO2. En los escritorios de los bancos y los paradigmas de la "economía verde" se contabilizaban los bonos de carbono, mediante los cuales se establece la distribución de las ganancias económicas y los riesgos ecológicos a escala planetaria. Entretanto, los gobiernos continúan su conteo de los billones de habitantes que incrementan la población

* La primera versión de este texto fue publicada con el título "A Cada Quien su Virus. La Pregunta por la Vida y el Porvenir de una Democracia Viral", en HALAC - Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña, Revista de la SOLCHA, el 22 de abril de 2020, para conmemorar los 50 años del Día de la Tierra, en el momento en que la epidemia del SARS-CoV-2 se convertía en una pandemia. El presente texto, entregado para su publicación un año después del ensayo original, cuando la pandemia ha registrado más de 125 millones de casos y cobrado más de 2.8 millones de vidas, no es propiamente una revisión de lo que fuera pensado y escrito hace un año, luego de haber vivenciado la experiencia de la pandemia. Considero que la reflexión y el diagnóstico crítico original se mantienen, de manera que solo he variado algunas expresiones para reafirmarlas en el presente.

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribucion NoComercial-CompartirIgual 4 0 Internacional

del planeta y de los índices del decrecimiento del producto interno bruto (PIB), en una precipitación de las cuentas de un presente saturado en el que se ha descontado el futuro. Más alejados de la cotidianeidad, los astrónomos continúan contando los años luz en las distancias planetarias y galácticas; los geólogos y biólogos miden y periodizan en eones las épocas de las transformaciones ecológicas del planeta; los sociólogos miden los índices de inequidad y desigualdad social. Al tiempo que las convocatorias a debatir la crisis sistémica de la humanidad se han teñido de signos letales y tonos apocalípticos, la ciudadanía global ha salido a las calles a reclamar justicia climática. La *muerte sin fin* revive el *fin de la historia*. El colapso ecológico, la catástrofe climática y los conflictos socioambientales ocupan los espectaculares del debate político ante la posible extinción de la vida y de la humanidad. La crisis civilizatoria anuncia la hora del Juicio Final, antes que la de la Justicia Social en esta devastada Tierra. En este contexto, irrumpe en el mundo la pandemia del SARS-CoV-2.

Hoy el mundo atraviesa por la mayor crisis sistémica de la historia. Es la conjunción sinérgica de todas las crisis: económica y financiera; de seguridad y justicia; ecológica, ambiental, climática y epidemiológica; ontológica, moral y existencial. Su alcance es mundial, global, planetario. La crisis civilizatoria de la humanidad expresa de manera virulenta su olvido de la vida. La COVID-19, que ha infectado a los cuerpos humanos, ha afectado profundamente al sistema económico que gobierna al mundo. El régimen del capital que ha desencadenado la degradación entrópica y el cambio climático del planeta, se ha venido asociando de maneras enigmáticas, pero cada vez más evidentes, a la "liberación", transmisión y mutación del virus al invadir y trastocar el comportamiento de los ecosistemas, alterando la resiliencia y el metabolismo de la biosfera, así como el sistema inmunológico del cuerpo humano. Estamos transitando de la acumulación destructiva del capital a un neoliberalismo y un progresismo que han desprendido de su hábitat un ejército invisible de agentes patógenos que atentan contra la vida humana.

Los organismos internacionales nos dan una década para salvar al Planeta. Pero ¿cuánto son 10 años en la existencia humana como tiempo límite para reconstituir

el tejido de la vida que ha sido colapsado por la historia de la humanidad? Si nos remontamos tan solo al "primer comienzo" de la historia de la metafísica, hace unos 2500 años, el encadenamiento de la *Physis* por el *logos humano* ha destinado los cursos de la vida en la Tierra, ha configurado la racionalidad de la modernidad que gobierna el mundo y ha desencadenado la crisis climática y epidemiológica que ha venido a extremar la confrontación entre el régimen del capital y la preservación de la evolución creativa de la vida. Si la crisis ambiental ha sido ocasionada por la racionalidad económica, por la manía de crecimiento del capital, por la voluntad de poder incorporada en la tecnología, no deberíamos confiar en el progreso de la ciencia, en la potencia de la tecnología y en la mano invisible del mercado para restaurar el planeta y abrir los horizontes hacia el mejor de los mundos posibles. Ya no es posible enlazarnos en esa vertiginosa danza triunfal de la humanidad, al mismo tiempo que se desfonda el planeta y se gangrena el cuerpo truncado de la vida, alienado de una razón que no alcanza a comprender las condiciones de la vida en el mundo vivo que habitamos.

Hemos entrado en la era de la supervivencia tratando de entender la manera en que la ley de la entropía, como ley límite de la naturaleza, gobierna los destinos de la vida invadida por la ley férrea del mercado; estas leyes deciden los destinos de la vida, pero no están al alcance de la mano, son invisibles a la mirada del ser humano (aún cuando tenga una visión 20/20), al igual que el coronavirus, que despertó de su largo sueño para invadir a los cuerpos humanos. Si a simple vista no alcanzamos a ver al virus, de dimensiones submicroscópicas, la mirada prospectiva de la ciencia y las acciones preventivas de las políticas públicas fueron incapaces de preverlo, a pesar de que ya en el 2003 el entonces presidente George W. Bush lo sospechara luego de la epidemia del SARS y que, más recientemente, Bill Gates pusiera en guardia al mundo luego del MERS en el 2015. ¡Un minúsculo organismo precelular ha venido a desquiciar al mundo y a poner en jaque-mate la vida humana!

La visión desde la razón que gobierna al mundo no solo es miope: su estrabismo nace de su dificultad de distinguir el objeto de fondo, la vida, cuando su mirada está enfocada hacia la economía, cuando tiene en la mira la ganancia como la razón de su existencia.

La ecuación entre la economía y la vida no la resuelve algoritmo alguno. Tampoco los mecanismos ciegos del mercado. Contamos con la vida y cantamos a la vida. Si la pulsión de vida es desmesura, la vida no se deja acotar por medida alguna. Más allá de resolverse las contradicciones entre la economía y la vida —como el anverso y el reverso de la existencia humana, empalmadas en una banda de Moebius—, la vida se ha ahorcado en los nudos gordianos del *logos* y del *inconsciente*; la vida se ha extraviado en los callejones sin salida de los laberintos de la razón que ha alienado la vida. El virus ha penetrado el cuerpo humano a través de los ojos con los que vemos, la nariz y la boca por las que respiramos, hasta ahogar nuestros pulmones. Pero no podemos culpar a la naturaleza por haberle dado acceso al virus a la vida humana. Como en *Ensayo sobre la Ceguera*, de José Saramago (1995), la mejor metáfora de la historia de las pandemias que amenazan la vida, la COVID-19, declara que la naturaleza no es culpable. Habrá que cuestionar a la psique humana.

En la historia de las epidemias y pandemias que han azotado a la humanidad, hasta la "fiebre española" del fin de la Primera Guerra Mundial, la única respuesta para detener la expansión fue la generación de anticuerpos, la "inmunidad de rebaño"; hasta que se inventaron las vacunas para inmunizar a la población y resolver las crisis sanitaria. Pero nos hemos preguntado ¿qué es un virus?; ¿cómo es que siendo parte de la evolución de la vida se convierten en agentes mortíferos que atacan y destruyen la vida? ¿Cuál es su función en la evolución de la vida? ¿Que agencia —de la propia naturaleza o de la intervención humana— activa su diseminación y sus efectos patógenos? Estudios recientes, como el libro de Rob Wallace (2016), *Big farms make big flu*, nos acercan a comprender la manera como el gran capital, asociado a los grandes ranchos de aves y ganado y al agronegocio de los monocultivos, ha sido un factor determinante del desprendimiento, mutación y transmisión de los virus, al erosionar la biodiversidad y someter a un estrés ecológico a la biosfera. Empero, resulta sorprendente que a estas alturas del desarrollo de la ciencia, de la manipulación tecnológica de la constitución genética de los organismos vivos, desconozcamos el origen mismo de los virus. Los expertos se debaten aún en saber si son anteriores a la célula, si se originaron de manera regresiva a partir de organismos más complejos que

perdieron información genética o a partir de piezas movibles dentro del genoma de una célula para entrar en otra, o si evolucionaron con sus huéspedes celulares. Lo que se sabe de cierto es que habitan la biosfera desde las primeras etapas de la evolución de la vida, parasitando diferentes organismos celulares.[1] Pero como los virus no dejan huellas fósiles,[2] no sabemos si todos los virus conocidos por la ciencia moderna tienen un solo y mismo ancestro,[3] si todos los virus que yacen resguardados en la biósfera han estado allí desde el origen de la vida o si han evolucionado o se han generado y diversificado con el proceso evolutivo mismo.

> Hasta el día de hoy, no existe una clara explicación sobre los orígenes de los virus. Los virus pueden haber surgido de elementos genéticos móviles que adquirieron la habilidad de moverse entre las células. Pueden ser descendientes de organismos vivos previos que adaptaron una estrategia de replicación parasitaria. Quizá los virus existían desde antes, y llevaron a la evolución de la vida celular (Wessner, 2010, p. 37).

Al respecto, la doctora Ananya Mandal (2019) afirma:

> De los estudios sobre la evolución se desprende que no hay un solo origen de los virus como organismos.

1. Hasta 2014 se habían descubierto 2827 especies de virus y se estimaba que aún quedaban 320 mil por descubrir. Hacia noviembre de 2017, el National Health Institute publicó las secuencias genómicas completas de 7454 diferentes virus..
2. "El problema principal es que nunca se han detectado fósiles de virus. De manera que es difícil especular sus orígenes exactos. Estas partículas son demasiado pequeñas y demasiado frágiles para el proceso de fosilización, o incluso para la preservación de las secuencias de ácidos nucleicos en tejidos de hojas o insectos en ámbar" (Mandal, 2019, s. p.).
3. El origen de los virus en la historia evolutiva de la vida no es claro: algunos pueden haber evolucionado de plásmidos —piezas de ADN que se mueven entre las células—, mientras que otros pueden haber evolucionado de bacterias. Los virus pueden ser medios importantes de la transferencia genética horizontal, que incrementa la diversidad genética de manera análoga a la reproducción sexual. Son considerados por algunos biólogos como formas de vida, ya que acarrean material genético, se reproducen y evolucionan a través de selección natural, aunque carecen de características esenciales como la estructura celular que generalmente es considerada necesaria para contar como vida. Ya que no cuentan con todas esas cualidades, los virus han sido descritos como "organismos al borde de la vida" y como replicadores de la vida. Las secuencias celulares ayudan a entender la evolución de los virus a lo largo de los siglos. Por ejemplo, los Geminivirus son un grupo diverso de virus y cada subtipo tiene diferentes genes y componentes genómicos. Sin embargo, las diferencias pueden rastrearse hacia un origen común cuando se considera la diversidad geográfica y la divergencia genética de los agentes o huéspedes portadores de los virus (Mandal, 2019).

> En consecuencia, no puede haber un simple "árbol familiar" para los virus. Su único rasgo común es su rol como un parásito que necesita un huésped para propagarse [...]. La mayoría de los virus de las plantas terrestres probablemente evolucionaron de las algas verdes que emergieron hace más de 1000 millones de años (s. p.).

Si bien pueden crearse en el laboratorio[4] y son la materia prima de las vacunas antivirales, no sabemos la manera como los procesos de intervención humana sobre el metabolismo de la biosfera y la evolución de la vida han afectado la "producción", evolución, diversificación y mutación de los virus que hoy habitan el planeta refugiados en una multiplicidad de organismos celulares huéspedes, a través de los cuales se han propagado hacia el cuerpo humano.

El coronavirus causante de la COVID-19 ha sorprendido a la humanidad al ser un nuevo agente patógeno desconocido; no sabemos cuánto tiempo estuvo ya antes habitando en la biosfera sin haber sacado las garras para atacar a sus víctimas. Al haberse convertido en la mayor amenaza para la vida humana y la estabilidad planetaria, lo menos que puede hacer la humanidad es empezar a formularse las preguntas esenciales y fundamentales como prueba de su capacidad de supervivencia ante la virulencia de los agentes mortales que ha puesto en movimiento su intervención en el metabolismo de la vida.

En tiempos remotos, las epidemias fueron consideradas como pruebas o castigos de los dioses. Así, la fiesta del Pesaj judío celebra la liberación de este pueblo esclavizado por el faraón egipcio, acontecimiento en el que las diez plagas jugaron un fundamental como agentes de la voluntad divina. La celebración de la libertad está asociada al ritual de preguntar como estrategia de supervivencia. La COVID-19 se ha convertido en protagonista emblemática de los tiempos que corren: no como emisaria de los dioses, sino de la agencia humana en la historia. Pero esta

4 El primer virus sintético fue creado en 2002. Aunque en realidad lo que se sintetiza no es el virus, sino el genoma de su ADN (en el caso de virus de DNA) o una copia de su genoma (en el caso de virus ARN); para muchas familias de virus el DNA o RNA sintético, una vez convertido enzimáticamente de la copia sintética cDNA, es infeccioso al introducirse a una célula. Es decir, que contiene toda la información necesaria para producir nuevos virus. Esta tecnología está siendo usada para investigar nuevas vacunas.

vez sería absurdo adjudicarle al virus la agencia y el propósito de derrumbar al capital, verlo como portador de la revolución social y el cambio civilizatorio. La naturaleza había sido por siempre la agencia que gobernaba los cursos de la vida en la biosfera, como lo afirmó Vladimir Vernadsky hace un siglo, en plena era del Antropoceno... hasta que el capital llegó a desplazarla para constituirse en el régimen ontológico dominante que gobierna al mundo y destina la degradación de la vida del planeta en la era del Capitaloceno. La deconstrucción de la racionalidad que domina al mundo y degrada la vida no será obra del coronavirus. Vencer a la pandemia a través de la vacunación y de la eficacia de las medidas sanitarias adoptadas por los gobiernos, tampoco habrá de salvarnos de acontecimientos futuros desencadenados por la expansión del capital sobre la biosfera, de una racionalidad tanática que no alcanza para avizorar la construcción de un futuro sustentable, que abra el horizonte de la vida a un mundo con seguridad epidemiológica y ambiental. La pandemia del SARS-CoV-2 reaviva la pregunta por la vida y por las condiciones de la vida.

Las Políticas de Contención del Virus

A lo largo de la historia, la humanidad se ha preguntado por los designios de los dioses y por las leyes de la naturaleza que han destinado la vida a la muerte. La seducción de los demonios, la entropía como ley que rige la desorganización ineluctable de la materia y la vida, la pulsión de muerte, el nihilismo de la razón; su expresión en el Holocausto, en la devastación ecológica del planeta, en los genocidios y la crisis moral que amenazan la seguridad de nuestras vidas, nos muestran la faz oscura y perversa de la naturaleza humana. El saber de la vida ha quedado en suspenso, como rehén de la voluntad de dominio del hombre sobre la naturaleza.

A pesar de las crisis epidemiológicas que ha sufrido la humanidad, el origen, la evolución y el metabolismo de los virus en la dinámica histórica de la biosfera sigue siendo desconocido. Los virus, que han sido una amenaza para la vida humana, animal y vegetal, están allí parasitando a sus células huéspedes, coevolucionando y mutando desde el origen de la vida. Yacen ocultos en la trama de la vida hasta que un evento externo trastoca su estabilidad parasitaria

y los desprende por la biosfera en búsqueda de nuevos huéspedes —plantas, animales o humanos—, causando las epidemias y pandemias que han infestado cultivos y que han azotado y diezmado a la humanidad a lo largo de la historia.

Hoy, ante la crisis epidemiológica, al lavarnos las manos, al colocarnos el cubreboca o barbijo, al practicar el aislamiento social, no solo tenemos que preguntarnos si las prácticas y estrategias de atención instrumentadas por los gobiernos habrán de cuidarnos de la amenaza presente del virus, sino también si habrán de prevenirnos y protegernos del mundo pospandemia. No basta preguntar por qué este virus es diferente a los anteriores con el objetivo de comprender sus vías de contagio, su sintomatología, su agresividad a nuestro sistema inmunológico, sus variaciones y mutaciones, su capacidad de recontagio —incluso una vez que se cuenta con vacunas, que se avanza en el proceso de vacunación y que los cuerpos sobrevivientes han generado anticuerpos—, sino además para poder transitar hacia un mundo capaz de mitigar la ocurrencia de estos eventos en el futuro.

Hoy la inteligencia humana debe estar puesta no solo en idear una buena estrategia para aplanar la curva epidemiológica, de manera que los infectados no saturen las capacidades del sistema médico y hospitalario; no solo en atreverse a un acto de heterodoxia del neoliberalismo económico, para adoptar un New Deal, un keynesianismo antiviral capaz de recuperar la economía como en la posguerra, para invertir y hacer rentable la industria de la prevención y atención de los virus que vendrán, como lo piensa un Bill Gates. Se trata de comprender esta pandemia en su articulación con los demás procesos asociados con la crisis ambiental, con la insustentabilidad de la vida humana y no humana ante el imperio de la razón tecnoeconómica, del régimen ontológico del capital. Si en tiempos recientes fracasó la iniciativa Yasuní del gobierno y la sociedad ecuatoriana de "dejar el petróleo bajo tierra", como una estrategia ante el cambio climático generado por el uso de los hidrocarburos, hoy debemos pensar una estrategia para que los virus se mantengan en sus refugios celulares, dentro del metabolismo mismo de la biosfera.

La crisis epidemiológica debería llevarnos a investigar las interconexiones con la crisis sistémica por la que atraviesa la humanidad. Investigadores del Virginia Tech especulan en un nuevo estudio publicado en la revista *Nature Communications* (Moniruzzaman et al., 2020) que si bien los virus no tienen procesos metabólicos propios, sus genes poseen algunas porciones que les ayudan a hacer sus propias herramientas para su metabolismo. Por otra parte, se adelantan hipótesis de que la contaminación del aire podría estar asociada con las muertes causadas por la pandemia de la COVID-19. Un estudio reciente del Departamento de Bioestadística de la T.H. Chan School of Public Health de Harvard, concluye que "el incremento de una unidad en los niveles de polución de partículas en el aire podría incrementar el riesgo de muerte en 15 % y que si el aire hubiera estado más limpio antes de la pandemia, hubiera salvado muchas vidas". Si bien puede haber una dosis de especulación en estas investigaciones, y no sabemos el grado y los modos concretos en los que el estrés ecológico causado por las presiones extractivas del capital están provocando la mutación y la transmisión del virus hacia el contagio patógeno de humanos y su mayor o menor difusión y transmisibilidad en un aire contaminado, la crisis sistémica llama a generar programas interdisciplinarios de investigación que establezcan la intercausalidad de diferentes fenómenos en el marco de una epistemología de la complejidad ambiental.

Wallace (2016) nos ha entregado quizá la mejor reseña de la asociación de las epidemias y pandemias recientes con el estrés ecológico ocasionado por el agronegocio. Hemos visto surgir cada vez con más frecuencia toda una cadena de diferentes tipos de influenza codificadas como series de HxNx y sus manifestaciones zoonóticas —SARS (Severe Acute Respiratory Syndrome); MERS (Middle East Respiratory Syndrome)— de transmisión de animales a seres humanos. La vacunación anual contra la influenza se ha convertido en un ritual invernal en varios países y grupos sociales. Mas no sabemos las sinergias negativas que habrán de surgir entre los futuros acontecimientos climáticos —cambios de temperatura ambiente, incendios, ciclones, huracanes, tsunamis— en la dispersión y transmisión de estos agentes patógenos. En un artículo reciente, Wallace

(2020) sostiene que la solución es la construcción de "un ecosocialismo que mitigue la brecha metabólica entre la ecología y la economía, entre lo urbano, lo rural y lo silvestre, evitando de esta manera que surjan peores de patógenos de este tipo" (s. p.).

Con la mira puesta en las estructuras del poder político se debate el futuro planetario en torno a los efectos del riesgo climático y epidemiológico en regímenes autoritarios y populistas, en las democracias capitalistas y las socialdemocracias. La comprensión de los modos de existencia acordes con las condiciones de la vida abre nuevos desafíos a la autonomía de las personas y las comunidades en el cuidado de la vida. Si bien la fractura metabólica que ha ocasionado el capital en la biosfera ha generado un creciente interés por conocer los procesos evolutivos genómicos del enorme repertorio de virus que son parte de la biosfera, su diversidad y su papel en la dinámica ecológica son aún poco conocidos. La transición hacia la sustentabilidad de la vida demanda una nueva racionalidad productiva, que sea armónica con el metabolismo de la vida.

La pandemia ha generado un *estado de excepción*, proveniente del excepcionalismo en el cual se ha concebido a la humanidad por encima de la naturaleza. La "normalización" del momento excepcional por el que atraviesa la humanidad no deberá llevarnos a normalizar la ocurrencia de futuros eventos climáticos y virales que pretendan justificar la intervención del Estado *de excepción*, del poder del soberano impuesto por los gobernantes para dictar las nuevas reglas de convivencia de la humanidad con la naturaleza.

La pandemia COVID-19 ha provocado ya una crisis económica de alcances incalculables y ha generado diversas reacciones del sistema económico global y de los gobiernos nacionales. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) ha salido ya al rescate de la fuerza laboral, a la valorización del teletrabajo como condición para restablecer las relaciones comerciales y la acumulación progresiva de capital. Se habla de un Green New Deal como un nuevo pacto social con la naturaleza por encima de las reglas del dinero y la ganancia, y de un programa asistencial para la población más

vulnerable. Los gobiernos aplican atenuantes a través de la dilación del pago de impuestos o de sistemas de créditos blandos a la pequeña y mediana industria.[5] El papa Francisco (2020) ha propuesto implementar un "salario universal" que dignifique el derecho a la vida de todos los trabajadores, "que permita una conversión humanista y ecológica que termine con la idolatría del dinero y ponga la dignidad y la vida en el centro... con pudor, dignidad, compromiso, esfuerzo y solidaridad" (s. p.).

En consecuencia, se han implementado apoyos a los adultos mayores y los ancianos, a los pobres y los indigentes, así como acciones de rescate a los propietarios de las pequeñas y medianas industrias para asegurar el empleo y las condiciones de recuperación económica a través de la demanda efectiva de los consumidores. De esta manera, se ha buscado detener el colapso económico en tanto se aplana la curva epidemiológica y se logra erradicar el coronavirus o al menos disolver su virulencia y sus efectos letales, hasta que esté disponible la vacuna para una población lo suficientemente amplia y se genere la resistencia inmunológica de la humanidad.

En esta reacción de las instituciones internacionales, los gobiernos nacionales y sus políticas de emergencia ante la irrupción de la COVID-19, los olvidados son, hoy como siempre, los condenados de la tierra, los pueblos indígenas que viven sin atención médica y alejados de los insuficientes sistemas nacionales de salud. La chispa ya está prendida por aquellos que retornan a sus comunidades luego de que se les han cerrado sus puestos de trabajo en la industria turística y de servicios, o por aquellos que lograron emigrar, incluso en tiempos recientes, desafiando los muros fronterizos. Pero también por los emisarios de los intereses más funestos, que ven en la transmisión del virus a las poblaciones indígenas más remotas e indefensas la estrategia perfecta para diezmar su capacidad de resistencia y protección de sus ecosistemas, dejando

5. Ante la incertidumbre económica y de la erradicación del virus, se propuso establecer "un sistema robusto de pruebas de diagnóstico para poder vigilar y actuar prontamente en caso de que la epidemia regrese una vez abriendo la economía. Otra alternativa, aunque de menor probabilidad, es que se encuentre alguna medicina que reduzca o elimine la mortalidad, con lo cual la confianza del consumidor podría revertirse abruptamente" (Opalin, 2020, s. p.).

libre el acceso a la capitalización de sus territorios de vida. La falta de atención a las poblaciones indígenas puede llegar a convertirse en el mayor riesgo de un genocidio de proporciones incalculables en manos del coronavirus.[6] Esa sería la tragedia más grande, pues a diferencia de la clase trabajadora que es indispensable para el sostenimiento y la recuperación de la economía —la que no habrá de volver al mundo del *business as usual*—, los Pueblos de la Tierra son quienes por sus costumbres, sus prácticas y sus modos ancestrales de vida tienen la capacidad para reconstruir las fracturadas y diezmadas relaciones con la naturaleza, la convivencia con los demás seres vivos del planeta, incluso de los virus que son parte de ella.

La Pregunta por la Vida

La excepcionalidad de la crisis sistémica que ha desatado la pandemia en este momento de la historia, interpela a la humanidad a responder desde su apego a la vida; desde su sensibilidad y capacidad de comprender las condiciones de la vida. El virus es portador de la pregunta por la vida. No podremos responder a ella sin una reflexión sobre las causas ontológicas, metafísicas y epistemológicas de la crisis ambiental; sin una meditación profunda sobre nuestra condición existencial. Hasta ahora, las ecosofías se contentaron con imaginar la emergencia de una conciencia ecológica desde la generatividad de la *Physis* en el orden de la noosfera, como lo predicara Teilhard de Chardin; la meditación heideggeriana lo condujo a la insondable pregunta sobre la "Verdad del Ser". Pero ha quedado suspendida la esperanza de restablecer las condiciones de vida en un mundo que se ha vuelto insustentable. Martin Heidegger postuló, en *Ser y tiempo*, el "ser hacia la muerte" del *Dasein* como la condición esencial de la naturaleza humana; como el principio existencial de su ontología fundamental. La experiencia de la muerte del ser humano en la "facticidad de la vida" debería ser razón suficiente para fundamentar su verdad ontológica. Sin embargo, para que esa experiencia pudiera manifestarse en un estado de conciencia generalizada y unificada —y como una condición existencial de la humanidad—, fue

6. Desde inicios de la pandemia llegan noticias funestas de garimpeiros y madereros portadores del virus, que habrían ya infectado a una población Yanomami en la Amazonía de Brasil.

necesario que esta compartiera la experiencia de una amenaza actual o de un destino común en igualdad de condiciones. Así sucedió cuando la invasión de la plaga de Atenas (enviada por los dioses) convirtió el simbolismo del silogismo aristotélico sobre la mortalidad de todos los hombres en la autoconciencia de la sociedad de la Antigua Grecia a través de una experiencia vivida, transformando el axioma lógico del silogismo en la producción de un sentido común en el imaginario social. Solo una vez que la plaga de Atenas[7] se propagó a la sociedad en su conjunto, esta sintió la amenaza de la muerte real. La forma simbólica de la premisa de Aristóteles, "todos los hombres son mortales", produjo un sentido generalizado de la condición de la vida que anidó en la conciencia de los antiguos griegos, lo que configuró un imaginario social y se convirtió en una condición de la vida de todos y cada uno de los hombres de la Antigua Grecia.

No obstante, la transmisión del acontecimiento viral al orden simbólico y al imaginario colectivo —de la vivencia a la conciencia— no es inmediata y directa. La inmunidad hacia los agentes patógenos que habitan en *lo real de la vida* implica la comprensión de las condiciones ecológicas de la vida. Lo que puso de manifiesto tanto la peste del siglo IV a. C. como la pandemia por COVID-19, 2450 años después, es *el sin-saber* de la vida. La experiencia vivida no solo ha puesto en juego las diferentes estrategias de diferentes gobiernos en el manejo de la pandemia, el conflicto entre sacar a flote el sistema económico o salvar vidas humanas, sino también el grado de negación del riesgo epidemiológico ante la invisibilidad y el desconocimiento del comportamiento del virus.

Traslademos el hecho histórico y la fábula originaria del *Edipo* de Sófocles a nuestro tiempo; transmutemos el virus de la tifoidea al COVID-19, metaforicemos el metabolismo del virus para orientar las preguntas que habrán de llevarnos a saber algo más: a saber evitar y a saber prevenir, a aprender a vivir en el riesgo creciente de las crisis virales que provoca el sin-saber y la voluntad

7. La plaga de Atenas emergió durante la guerra del Peloponeso hacia el año 430 a.C. Fue posiblemente el virus de la fiebre tifoidea que mató a la cuarta parte de las tropas atenienses y a una cuarta parte de la población a lo largo de cuatro años. Pericles pereció a causa del virus. Aristóteles sobrevivió y pensó su consecuencia en la forma lógica del silogismo "Todos los hombres son mortales".

de poder que yacen en el fondo del alma humana; pero sobre todo a orientar la construcción de otro mundo posible, conforme con las condiciones de la vida, de la coexistencia pacífica y armónica de las diferentes culturas humanas con los demás seres vivientes con quienes compartimos la vida del planeta; y con nuestros virus. Para ello, será preciso confrontar aquello que ha reprimido el saber de la vida. En este sentido reflexionaba Jacques Lacan (1974/75) al afirmar:

> Es en tanto que algo está reprimido [urverdrängt] en lo Simbólico, que hay algo a lo cual jamás damos sentido, aunque seamos [...] capaces lógicamente de decir "todos los hombres son mortales", es en tanto que "todos los hombres son mortales", por el hecho mismo de este "todos", no tiene propiamente hablando ningún sentido, que es preciso al menos que la peste se propague a Tebas para que ese "todos" se convierta en algo imaginable y no un puro simbólico, que es preciso que cada uno se sienta concernido en particular por la amenaza de la peste, que se revela al mismo tiempo lo que al suponer esto, a saber que si Edipo ha forzado algo, es completamente sin saberlo, es, si puedo decir, que él no ha matado a su padre más que [...] a falta de haberse tomado el tiempo de "perorar".8 Si se hubiera tomado el tiempo que era necesario –pero, ciertamente, hubiera hecho falta un tiempo que habría sido poco más o menos el tiempo de un análisis, puesto que él mismo, era justamente para eso que estaba en los caminos, a saber que él creía, por un sueño –justamente– que iba a matar a aquél que, bajo el nombre de Pólibo, era perfectamente su verdadero padre (Lacan, 1974/75, pp. 9-10).

En la tragedia de Sófocles, Creonte consulta el oráculo de Delfos y descubre que la peste es el castigo de los dioses por el asesinato de Layo, el antiguo rey de Tebas a quien Edipo no llegó a conocer. Hasta que el responsable no expíe sus culpas, la peste seguirá azotando a la ciudad. El coronavirus no es un castigo divino, sino una respuesta de la naturaleza, cuyo comportamiento debemos desentrañar. El oráculo

8. Se traduce como "perorar" lo que Lacan escribe en el texto original como laïusser, derivado de laïus, "discurso" (en la jerga de las escuelas), y que remite a Layo, padre de Edipo. El tiempo de "perorar" sería el tiempo de analizar su impulso edípico y su acto parricida.

había predicho que Layo y Yocasta tendrían un hijo que mataría a su padre y se desposaría con su madre. Para evitarlo, se deshicieron del niño. Yocasta se suicida al descubrir la terrible verdad. Edipo, consternado, decide romper sus ojos con los broches del vestido de Yocasta, de modo que cuando muera no pueda mirar a sus padres a los ojos en el Hades. Ciego, le pide a Creonte que lo exilie, y Edipo se condena a vivir para siempre como un extranjero, desprovisto de todo poder, afecto y consideración.

Ante la terrible verdad del Capital que ha violado a la Naturaleza, la humanidad ha preferido arrancarse los ojos para no mirar su incestuosa conducta. Mas ese no debe constituirse en nuestro destino ineluctable. No debemos arrancarnos los ojos para no ver lo que la voluntad de poder reprime y nos ha impedido ver la *Verdad de la Vida*. La verdad de la virulencia viral, latente en lo Real de la Vida ya se anunciaba en sueños premonitorios, en la memoria de pandemias anteriores, en sus rituales recordatorios, en las señales y advertencias de nuevos acontecimientos climáticos, telúricos y epidemiológicos que habrían de ver madurar sus tiempos. El virus anunció metafóricamente su poderío global al convertirse en significante de la capacidad de transmisión electrónica instantánea a escala global. Antes de la pandemia vivíamos de manera cotidiana la amenaza de los virus informáticos que podrían "hackear" nuestras computadoras. La infodemia —la viralización de la información, de las "fake news"— penetra las mentes de la humanidad, al tiempo que el virus se ha "viralizado", enfermando y aniquilando el cuerpo de la vida.

Las fuerzas que gobiernan el mundo globalizado prefieren ignorarlo, no saber la verdad. Las verdades lógicas —incluyendo las verdades científicas— no desentrañan los enigmas de la verdad de la vida y su relación con la existencia humana. ¿De qué manera los virus, como portadores de la muerte, pero también de la libertad desde los tiempos ancestrales de la civilización humana, podrían ser hoy agentes de una fatalidad en la manifestación global y letal de la COVID-19, los emisarios de nuevos tiempos por venir? La crisis sistémica llama a restaurar la vida, cuyo saber no podría reducirse a los paradigmas de la razón económica, científica e instrumental. Estos enigmas

y dilemas de la vida se manifiestan en la dificultad para establecer un código de justicia epidemiológica y ambiental que no esté contaminado por una razón que dicte la medida justa del derecho a la vida.

Justicia vital: calculando el derecho y midiendo el valor de la vida

La pandemia de la COVID-19 ha sacado a la superficie aquello que la crisis ambiental abrió a la reflexión filosófico-política y al debate público: la confrontación del régimen ontológico del capital —la racionalidad tecno-económica que gobierna el mundo moderno globalizado— con las condiciones de la vida en el planeta. El mundo en el que irrumpe la pandemia es un mundo donde la razón calculadora, originada en la primacía del *Logos* y de *lo Uno*, configuró la era de la *Gestell* —como lo designó Heidegger—, del régimen ontológico que ha estructurado la racionalidad del Capital. Es el mundo que ha enmarcado la vida dentro una razón suprema; un mundo codificado por el cálculo, mesurado por la ratio, dominado por una voluntad de poder que produce la realidad como objetos a ser apropiados por el capital; un mundo totalitario que dispone todo lo existente a la planificación sujeta a la medida objetiva y al cálculo económico. El mundo así construido configura la subjetividad y la moral humana a los designios del modo de producción de existencia del Capital. La elección racional (*rational choice*) de los sujetos está ya enmarcada en los principios a priori de una racionalidad insustentable. A ella se sujeta el cálculo de riesgo de acontecimientos como la presente crisis epidemiológica, que al estar fuera de la capacidad de previsión desde lo "sabible" de una realidad presente y de lo vivido en la experiencia humana anterior, se nos presenta como una condición de la vida en la era del riesgo y de la modernización reflexiva.

En este contexto se diseñan los códigos bioéticos para orientar y normar las decisiones tomadas en respuesta a la crisis multidimensional que ha desencadenado la pandemia —crisis sanitaria y del sistema de salud, crisis económica y financiera, crisis ecológica y ambiental, crisis ontológica y existencial—; un contexto en el que el juicio sobre el derecho a la vida toma preeminencia y se presenta el dilema de salvar vidas humanas o salvar a la economía, al capital que ha puesto en jaque a la existencia humana.

Pongamos de lado por un momento las consideraciones sobre la manera como la intervención de la dinámica del capital determina el *stress ecológico* que ha provocado el dislocamiento del coronavirus, desde los huéspedes en los que cohabitó pacíficamente durante milenios o eones de evolución de la vida, hasta su transmisión a la humanidad. Una vez abierta su diseminación en la biosfera hacia la especie humana, por las vías de contagio que ha propiciado el libre comercio y el libre tránsito de seres humanos —que generó las condiciones de la distribución geográfica del virus—, ha puesto en evidencia la ineficacia de la infraestructura hospitalaria y del sistema de atención médica de los diferentes países, abriendo un dilema ético sobre el valor y el derecho a la vida. Ya durante las guerras napoleónicas fue considerado el método del "triaje" para responder al dilema ético y decidir las prioridades de la atención médica a los soldados heridos y enfermos. Y en las pandemias anteriores, previas al invento de las vacunas —de la peste negra durante la Edad Media a la gripe española en 1918—, se dejó a la propia naturaleza la responsabilidad de "resolver" la crisis epidemiológica a través de la creación de anticuerpos en los individuos más resilientes, luego que diezmara, según ciertas estimaciones, al 5 por ciento de la población del planeta.[9]

9. La peste negra se extendió hacia el Mediterráneo y Europa occidental hacia 1348, posiblemente llevada por mercaderes italianos que huían de la guerra en Crimea. Mató a veinte millones de europeos en seis años, una cuarta parte de la población total y hasta la mitad en las zonas urbanas más afectadas. Fue una nueva irrupción de la peste bubónica, cuya primera manifestación registrada fue la llamada peste de Justiniano, en el año 541, que inició en Egipto y llegó a Constantinopla. En sus momentos más activos, según relata Procopio de Cesárea en su Historia de las guerras persas, mató a 10 mil personas por día y, quizás, a un 40 por ciento de los habitantes de la ciudad, diezmando a la cuarta parte de la población del Mediterráneo oriental. La peste negra asoló otra vez a Europa en 1664, llevada por marineros que desembarcaron sus mercaderías de Turquía en Holanda, y se expandió por todo el continente. Hoy se sabe que la peste negra es el bacilo llamado Yersinia, por su descubridor Alexander Yersin.
La gripe española, que duró de 1918 a 1919, fue una pandemia de categoría 5 provocada por un virus de la gripe A inusualmente grave y mortal. Muchas víctimas eran adultos jóvenes sanos, los soldados que fueron a la Primera Guerra Mundial. La enfermedad fue reportada por primera vez el 4 de marzo de 1918, en Fort Riley, Kansas, Estados Unidos, aunque en el otoño de 1917 se había producido una primera oleada heraldo en al menos catorce campamentos militares. En algún momento del verano de 1918 el virus sufrió una mutación o un grupo de mutaciones que lo transformó en un agente infeccioso letal. El primer caso confirmado de la mutación se dio el 22 de agosto de 1918 en Brest, el puerto francés por el que entraba la mitad de las tropas estadounidenses aliadas en la Primera Guerra Mundial. Las estimaciones iniciales calcularon el número de víctimas entre 40 y 50 millones de personas, mientras que las más recientes sugieren que podría haber muerto hasta 100 millones de personas, un 5 por ciento de la población mundial en 1918.

El acontecimiento COVID-19 no puede equipararse a las otras pandemias registradas en la historia de la humanidad. El mundo actual no es el de la Edad Media ni el de hace un siglo. La pandemia del SARS-CoV-2 no puede considerarse un fenómeno estrictamente natural en cuanto a las condiciones de emergencia, sus mutaciones o sus vías de transmisión, expansión y contagio. La humanidad en su era científica e informática no podría serenamente "dejar ser al virus"; dejarlo desplegar sus estrategias letales poniendo a prueba la capacidad de respuesta del sistema inmunológico humano. La irrupción de la pandemia ha tomado al mundo sin una vacuna contra el virus y con una capacidad del sistema médico y hospitalario determinada por sus condiciones económicas de operación "normal", que dentro de sociedades regidas por los principios de la rentabilidad de los servicios médicos implica una escasez de recursos para atender emergencias sanitarias de esta magnitud. Ante la imprevisibilidad de la escala de expansión del contagio y el grado de malignidad del agente patógeno, la estrategia de "aplanamiento de la curva epidemiológica" responde a las limitadas capacidades del sistema sanitario carente de una planificación basada en la previsión y en un "cálculo de riesgo", para atender a las víctimas del virus, de una crisis epidemiológica anunciada.

La situación real de saturación de los servicios médicos para atender los casos graves del coronavirus ha abierto un nuevo debate sobre la justicia social en el campo de la bioética, sobre el valor y el derecho a la vida. Si ya en el campo de la ecología política habíamos cuestionado la manera como la justicia ambiental trasciende los esquemas que reducen lo justo a las normas y procedimientos, al derecho positivo y privado —a la medida de una equidad incapaz de aquilatar lo justo—,[10] la crisis de la pandemia nos enfrenta a nuevos desafíos. En el dilema del aplanamiento de la curva epidemiológica y la reapertura de las actividades económicas se puso en juego una distribución de los costos en vidas de la crisis. La apuesta por salvar a la economía de una debacle que arrastraría a través de la recesión a un número creciente de desempleados

10. "La justicia es la demanda de equidad [...] y la distribución de los beneficios de la vida que son conmensurables con la contribución de cada uno. En palabras de Thomas Jefferson, es 'igual y exacta' basada en el respeto al principio de equivalencia" (Bookchin, 1990, p. 96).

y a una situación de penuria colectiva, se antepone el interés económico, antes que la solidaridad humanitaria. Allí se juega el dilema entre la prioridad del capital como condición de la vida, frente al derecho intrínseco y fundamental a la vida.

En su forma más pragmática, tales principios éticos derivan en una medida del derecho a la vida fundada en las capacidades de supervivencia y en una equivalencia de años vividos y por vivir. Desde la soberanía del capital se ha valorizado económicamente la vida humana. Más allá de su reducción de la vida al valor de la fuerza de trabajo en la acumulación originaria del capital, las compañías de seguros han ido modulando nuestra comprensión de su valor en términos de un cálculo de riesgo y esperanza de vida. El propósito pragmático de la bioética ante la emergencia de la pandemia es ofrecer una guía de toma de decisiones para que, llegado el momento, un médico no deba —y no pueda— tomar libremente la decisión ante el dilema de dejar morir a un "anciano" de 70-90 años o a un joven de 20-40 años. En su forma más esquemática y extrema, la medida práctica autoriza al médico a dejar morir a quien estadísticamente le quedan menos años de vida, a quien haya vivido más etapas de su vida.

Pero ese cálculo debería llevar toda reflexión bioética a la pregunta: ¿Cuánto vale la vida de uno y otro ser humano? Si bien el virus no reconoce clases sociales, sabemos que los pobres, los indigentes y la clase trabajadora, formal e informal, son los más susceptibles de contraerlo por la necesidad de salir a la calle y tomar el transporte público para ganarse el pan de cada día; que los médicos, las enfermeras y su personal de apoyo están más expuestos a las fuentes de contagio, que las personas que podemos trabajar en casa. Que los pueblos indígenas, que en principio pueden estar más alejados de los epicentros urbanos del contagio, son más vulnerables por sus prácticas de vida comunitaria y la falta de servicios de salud. De manera que la justicia sanitaria está claramente segmentada en cuanto a las condiciones sociales en que se produce la morbilidad del virus y las posibilidades de ser atendidos por las insuficiencias del sistema de salud.

El manejo de la pandemia ha llamado a la bioética a dirimir el dilema de decidir a quién dejar morir de entre

quienes tienen acceso a un hospital en el momento crítico de distribuir los escasos ventiladores disponibles. Si se tratara de sacrificar vacas o gallinas, pensaría que no hay duda en dejar vivir a las más jóvenes y aún fértiles. Pero en el caso de vidas humanas, si el derecho a la vida es un derecho universal y en una democracia, al menos en principio, todos contamos por igual, si el valor de la vida es siempre equivalente, ¿a quién dejar morir cuando queda un solo ventilador en un hospital para salvarle la vida? ¿La vida de quién ganaría el derecho a la vida? ¿Qué vida dona y ofrece más vida a la vida de los demás? Si se tratara de elegir entre un viejo de más de 70 años y un narcotraficante delincuente, o entre un alto dirigente político y un soldado de la guardia civil, o entre un joven indígena y un albañil, ¿el médico decidiría con el manual de bioética en la mano? Y si extendemos el juicio ético al derecho a la vida en un esquema no antropocéntrico, sino al biocentrismo radical preconizado por la ecología profunda, ¿quién tiene más derecho a la vida, un ser humano o un virus? Hoy, el juicio bioético atraviesa la vida política y las decisiones personales. El personal médico y asistencial se juega literalmente la vida para salvar las vidas de los pacientes que llegan a atenderse por haber contraído la COVID-19. El médico que detectó el virus en Wuhan murió a causa del contagio. Muchos más médicos, enfermeras y ayudantes en el mundo entero están en esa condición. El 20 de abril de 2020, el personal de salud del hospital San Rafael de la ciudad de Leticia, en la amazonia colombiana, único hospital público de la región, renunció masivamente por falta de los elementos mínimos de protección para prestar atención sin el riesgo inmediato de contagio, luego de morir un paciente por coronavirus. El médico está ante el dilema de cumplir el juramento hipocrático o salvar su propia vida y la de su familia. La pandemia de COVID-19 ha expuesto la confrontación entre la economía como medio para producir los medios de vida y el derecho intrínseco a la vida: entre el poder soberano y la nuda vida, en términos de Giorgio Agamben.

A lo largo de un año de pandemia se ha manifestado el conflicto entre el cuidado de la vida y el poder soberano que la domina: volver al trabajo y rescatar a la economía, o salvaguardar la vida limitando las posibilidades de contagio mediante el resguardo en casa y la "sana distancia" o defender el empleo

y el ingreso, y salir a la calle a ganarse el sustento diario. Según sus críticos, la Organización Mundial de la Salud (OMS) esperó demasiado para hacer sonar la alarma del coronavirus, lo que dio el espacio y el tiempo suficientes para que el veloz patógeno cruzara fronteras y continentes y llevara el brote local, nacido de un modesto mercado de Wuhan, a transformarse en una pandemia que ha trastocado la vida y sembrado de muerte cada rincón del planeta.

Si cada quien tiene su merecido virus en un mundo democrático, porque "arrieros somos y en el camino de la globalización andamos", la pandemia tendrá sus consecuencias para la democracia. Si las autodefensas han surgido para defender la vida del acoso del crimen organizado ante la ineficacia del Estado, cuando el virus ponga en jaque la vida no habrá autoridad soberana capaz de dirigir o de contener las acciones que cada comunidad y persona tome para cuidar su vida. Ya lo estamos observando en gobernadores y presidentes municipales, que desacatan órdenes o desobedecen políticas estatales. En el "sálvense quien pueda", cada quien buscará o no la manera de salvaguardar su vida.

El estado de emergencia en el que la pandemia ha puesto al mundo entero no reclama tan solo los mejores diagnósticos clínicos, las mejores estrategias de contención e inmunización, las mejores capacidades para distribuir la vacuna, vencer la ira mortífera del virus y volver a la "normalidad crítica" en la que se encontraba la humanidad al final de la década anterior, al mundo del *business as usual*. La excepcionalidad del acontecimiento reclama lo mejor de la sensibilidad humana para imaginar un cambio profundo en nuestros modos de producir, de existir, de convivir con la naturaleza: para aprender a vivir dentro de las condiciones de la vida.

La Democracia Viral y el Por-venir de la Vida

La pandemia ha sido emisaria de tiempos aciagos. El mundo no podrá volver a ser el de antes. La humanidad ha quedado pasmada ante la amenaza de un minúsculo e invisible virus; pendiente del *Next Big One*, de la eventualidad de un acontecimiento de dimensiones aún mayores, de un evento incontenible y letal, capaz de poner fin a la especie humana. La

ciencia no acierta a hacer pronósticos precisos: especula que terremotos de mayor intensidad son previsibles; que tsunamis causados por el cambio climático son inevitables. Ahora sabemos que otros coronavirus están allí, atrincherados en las células de una multiplicidad de organismos vivos, listos para mutar, para saltar de la planta al animal y del animal al ser humano, en grados de malignidad impredecibles, imposibles de contener con una vacuna de cepas existentes. Un fantasma recorre el mundo: la amenaza de una fatalidad causada por la negación de una verdad ineluctable. Esta vez no será la peste por el ocultamiento de la verdad del incesto de Edipo, sino la inconfesable verdad del capital que se ha instaurado como la razón de fuerza mayor de la condición existencial de la humanidad y que ha puesto en jaque la vida humana.

En efecto, no sabemos con certeza hasta qué punto el progreso de la racionalidad tecno-económica habrá de provocar acontecimientos climáticos, tectónicos y epidemiológicos aún más intensos y con efectos más catastróficos en el futuro próximo. Sin embargo, hay suficiente evidencia para imaginar hipótesis pertinentes y preguntas sensatas. Sabemos que existe una conexión directa entre la economía global y el metabolismo de la biosfera. La epidemiología se encarga de saber los vectores y vías de transmisión, del contagio y la inmunidad de los virus. Pero sabemos de manera muy incompleta el modo en que el capital, en todas sus formas de intervención de la naturaleza, se ha convertido en el mayor agente activador de las pandemias. Más allá de la hipótesis de una conspiración viral que inundó las redes sociales y el internet —sobre una supuesta estrategia planeada de una guerra bacteriológica para dominar el mundo—, es razonable comprender que la destrucción de la biodiversidad producida por el agronegocio de monocultivos transgénicos, así como por los grandes establos de ganado vacuno y porcino y de las grandes granjas de aves —además de los efectos nocivos y mortales de los biocidas empleados—, propicia el desprendimiento de los virus hacia los animales y, mediante el consumo, el comercio, el transporte y el turismo a escala global, su transmisión hacia los humanos. ¿Es demasiado especulativo pensar que la tecnología del *fracking*, además del alto consumo

de agua, pueda causar mayores fracturas de las capas geológicas que en algún momento provoquen o magnifiquen movimientos telúricos? ¿O que el calentamiento global sea un factor que incida en la "liberación" de los virus de la biosfera y en su mayor diseminación y transmisión a través de fenómenos meteorológicos de la atmósfera?

Sabemos que el coronavirus SARS-CoV-2, viajando en avión y en barco, ha llegado a todos los confines del planeta. Su presencia es tan completa como la representación de los delegados de sus países en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Hoy, la alerta generalizada apuntala la implementación de la Coalición para las Innovaciones en Preparación para Epidemias (CEPI) financiada por Bill Gates. Su objetivo es acelerar el proceso de prueba de vacunas y financiar maneras nuevas y rápidas de desarrollar inmunizaciones por si un nuevo virus llega a propagarse por el mundo. La pregunta es si esta es la mejor estrategia para contener la letalidad de los próximos acontecimientos epidemiológicos y para responder al cuestionamiento que plantean como síntoma de la crisis civilizatoria de la humanidad. Acerquémonos antes a tratar de comprender cómo han convivido las sociedades tradicionales con sus virus, en sus entornos, durante milenios de coevolución con la naturaleza.

Por cierto, las poblaciones amerindias fueron devastadas por enfermedades contagiosas, especialmente la viruela, traída a América por los conquistadores y colonizadores europeos. Si no se sabe con certeza, se estima que el 70 por ciento de la población indígena falleció por enfermedades contraídas luego de la llegada de Colón a América. Sin embargo, no tenemos noticia de que estas poblaciones hayan sido diezmadas por epidemias virales anteriormente a la Conquista, o que esta haya sido una de las causas del colapso de la Civilización Maya.[11] Estos Pueblos de la Tierra han aprendido a adaptarse a su entorno, a *con-vivir* con sus virus

11. Si bien autores como Spinden (1928) han sostenido la teoría según la cual la aparición de la fiebre amarilla pudo haber sido una de las causas del colapso de la civilización maya, otros estudiosos, como Morley, afirman que esta enfermedad, al igual que la sífilis y una serie de otros males infectocontagiosos, llegaron a América durante la conquista española. Por su parte, Shimkin (1973) abona la hipótesis de Spinden al encontrar que el mono aullador de los bosques centroamericanos es portador de la fiebre amarilla, que le es

a través de su milenaria experiencia de vida y sus estrategias de supervivencia.[12]

Los huni kuin saben bien lo que puede ser un virus, pues los virus importados en el pasado, como la influenza y la viruela, les causaron más muertes que las guerras que enfrentaron en la época de la invasión de sus tierras. Así como las células de los organismos vivos de los ecosistemas portan con ellos desde siempre virus benignos para sus procesos evolutivos, los Pueblos de la Tierra son portadores de saberes milenarios para convivir con los organismos de los ecosistemas que habitan. El saber antropológico de sus mitos y rituales es estratégico para aprender a convivir con la naturaleza.[13] La defensa de sus territorios de

transmitida por un mosquito y por los murciélagos. Empero, esta no aparece como la causa predominante.

12. Dan testimonio de ello los huni kuin del estado de Acre en Brasil y de la selva amazónica peruana, que, como tantos otros pueblos indígenas de la región, comparten un saber de vida instaurado en sus rituales y prácticas de coexistencia con los otros organismos vivos de su entorno. Els Lagrou (2020), profesora de la Universidad Federal de Río de Janeiro, propone, a través de la filosofía amerindia de los huni kuin, una original lectura cosmopolítica del nuevo coronavirus, que atribuye la mayor parte de las enfermedades al hecho de comer animales. Los huni kuin afirman que las personas enferman "porque la caza y los peces, así como algunas plantas que consumimos y otros seres que agredimos o con los cuales interaccionamos, se vengan y mandan su nisun, dolor de cabeza y mareos que pueden resultar en enfermedad y muerte [...] El universo de la floresta es habitado por una multiplicidad de especies que son sujetos y negocian su derecho al espacio y a la propia vida [...] A pesar de que sus enemigos los llaman Kaxinawa (pueblo murciélago), los Huni Kuin no consumen estos animales porque los consideran seres que poseen yuxin, el poder de transformar la forma".

13. "Los murciélagos son los únicos mamíferos que vuelan, lo que permite que puedan cruzar grandes distancias y diseminar muchos agentes patógenos. Pero también son los polinizadores más importantes de la floresta tropical, y muchas especies dependen exclusivamente de ellos para sobrevivir. En el mito de origen de las plantas cultivadas de los Huni Kuin, un quatipuru (mamífero roedor, de tamaño pequeño a medio, también llamado Sciuridae, conocido en Brasil como 'serelepe', 'caxinguelê', 'caxinxe', 'quatimirim', 'agutipuru' o 'acutipuru', Carlos Walter Porto Gonçalves, comunicación personal), fue transformado en hombre que enseñó el cultivo de las plantas a los humanos. El quatipuru sabía transformarse en murciélago. A los murciélagos, como los humanos, les gusta vivir en grandes grupos, lo que facilita la diseminación de semillas, polen y virus. El vuelo del murciélago requiere de mucha energía, lo que produce altas temperaturas en el animal, que significarían fiebre en el ser humano. Es por esta razón que cuando pasa el virus al humano es tan virulento. Como los humanos, los murciélagos sienten stress. Cuando perciben su hábitat dañado por la deforestación o cuando son amontonados vivos en grandes ferias junto con otros animales para ser sacrificados, el aumento del stress presiona su sistema inmunológico y puede hacer que un virus latente se torne manifiesto y más contagioso. No es el hecho de que los humanos coman carne de caza la causa de las epidemias. Las epidemias son el resultado de la deforestación y de la extinción de los animales que antes eran sus huéspedes simbióticos. Las epidemias son resultado de una relación extractivista de las grandes ciudades con las florestas" (Lagrou, 2020, s. p.).

vida es la mejor estrategia de contención del *nisun* y el *yuxin*, de esos espíritus malignos que entran en acción con la liberación de los virus que viven de manera armónica y estable en la biosfera. Imaginemos lo que podría ocasionar la quema de la Amazonía en cuanto a la liberación de diferentes virus y el genocidio viral que podría ocasionar en las poblaciones amazónidas que han vivido en armonía con los virus hospedados en las células de su riqueza florística y faunística. Las estrategias más rigurosas de contención del contagio del coronavirus nos han puesto en guardia sobre lo que podría significar en cuanto a la legitimación de gobiernos autoritarios; nos han alertado sobre la posibilidad de activar una estrategia de infección viral para un programa de "limpieza étnica", para eliminar toda resistencia para la apropiación y transformación capitalista de la Amazonía.

Le corresponde a la humanidad hacer prueba de prudencia, no seguir desencadenando los demonios de la tecnología ni liberando la malignidad viral que ha estado presente durante toda la historia para moderar la voluntad de dominio del hombre sobre la Tierra. De no hacerlo, entraremos en la era de una *democracia viral*: no la del control de la sociedad sobre el uso político de la viralización de las informaciones y el conocimiento. La democracia viral trastocará el sentido de la fatalidad de la humanidad que intentó contener la Polis Griega, dando cumplimiento a la profecía de Heidegger al caracterizar al ser humano como *ser hacia la muerte*. Al haber violentado la vida, descompuesto el cuerpo humano y alterado el metabolismo de la biosfera, todos iremos a la tumba con el virus clavado en el corazón.

Queda una esperanza: más allá de la bioética de un estado de excepción como instrumento eutanásico para la sala de emergencia, el que la pandemia genere una reflexión profunda de la humanidad capaz de reconducir la evolución de la vida hacia modos más sustentables de convivencia entre los organismos que habitan la biosfera; para reaprender a habitar el planeta dentro de las condiciones de la vida; para que el acontecimiento histórico de la pandemia por COVID-19 que hoy nos reconfirma el axioma "todos los hombres son mortales", lleve a la humanidad a darle un giro al silogismo hacia la afirmación de la vida.

Referencias

- Bookchin, M. (1990). *Remaking Society: Pathways to a green future*. Boston, Estados Unidos: South End Press.
- Lacan, J. (1974/75). *Seminario 22, RSI*. Recuperado de https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/27%20Seminario%2022.pdf
- Lagrou, E. (2020). Nisun: a vingança do povo morcego e o que ele pode nos ensinar sobre o novo coronavírus. Recuperado de https://ds.saudeindigena.icict.fiocruz.br/handle/bvs/1963
- Mandal, A. (2019). Orígenes del virus. Recuperado de https://www.news-medical.net/health/Virus-Origins-(Spanish).aspx
- Moniruzzaman, M., Martinez-Gutierrez, C. A., Weinheimer, A. R. (2020). Dynamic genome evolution and complex virocell metabolism of globally-distributed giant viruses. *Nat Commun* 11, 1710 . https://doi.org/10.1038/s41467-020-15507-2
- Opalin, L. (2020). Luis Maizel: un curita para una herida monumental. Recuperado de https://www.elfinanciero.com.mx/opinion/leon-opalin/luis-maizel-un-curita-para-una-herida-monumental/
- Papa Francisco. (2020). Carta del Santo Padre Francisco a los movimientos populares. Recuperado de http://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2020/documents/papa-francesco_20200412_lettera-movimentipopolari.html
- Saramago, J. (1995). *Ensayo sobre la Ceguera*. Madrid, España: Alfaguara.
- Wallace, R. (2016). *Big farms make big flu. Dispatches on infectious disease, agribusiness, and the nature of science*. Nueva York, Estados Unidos: Monthly Review Press.
- Wallace, R. (2020). Notes on a Novel Coronavirus. *MRonline*. Recuperado de https://mronline.org/2020/01/29/notes-on-a-novel-coronavirus/
- Wessner, D. R. (2010). The Origins of Viruses. *Nature Education 3*(9), 37.